

Memoria discursiva e identidades políticas.

Huellas y relatos del pasado reciente en el discurso político contemporáneo¹

Ana Soledad Montero

Universidad de Buenos Aires – Conicet

ana.soledad.montero@gmail.com

¿Qué recuerdan [los discursos políticos], y cómo lo recuerdan, en la lucha ideológica, respecto de lo que conviene decir y lo que no, a partir de una posición determinada, en una coyuntura dada, al redactar un pasquín, una moción, una toma de posición? Es decir: ¿cómo permite el trabajo de una memoria colectiva en el seno de una formación discursiva, el recuerdo, la repetición, la refutación, pero también el olvido, de esos elementos del saber que son los enunciados? Finalmente: ¿sobre qué modo material existe una memoria discursiva?

J.J. Courtine (1981).

Introducción

¿Cómo se transmiten las palabras y los sentidos del pasado en los discursos políticos y sociales? ¿De qué modo es posible reconstruir las huellas discursivas y los relatos sobre el pasado, y cuál es su incidencia en la definición de las identidades políticas? ¿Qué operaciones de articulación interdisciplinaria es necesario realizar para pensar el carácter discursivo de la memoria y sus implicancias histórico-políticas?

Este artículo tiene dos objetivos: el primero, de carácter teórico-metodológico, es presentar brevemente los modos en que el análisis del discurso (especialmente en su corriente francesa) ha abordado el problema de la memoria y la presencia de los discursos del pasado en el hilo de un discurso determinado, y poner en relación la problemática de las memorias discursivas con la de las identidades políticas. En segundo lugar, exponer un caso de análisis específico: el de los posibles vínculos entre el discurso del ex presidente argentino Néstor Kirchner y la memoria del pasado reciente, un pasado que es objeto de incesantes disputas por el sentido, y que, al mismo tiempo, por su cercanía, tiene claros efectos sobre el presente. El punto de partida de ese análisis es que la identidad política del discurso kirchnerista se sustenta y proyecta en un “ethos militante”², tomando la noción de “ethos” de la retórica griega, que lo concebía como una de las “técnicas” o

¹ Texto presentado en el marco del seminario de extensión “Problemas de investigación interdisciplinaria II: violencias y memorias del pasado reciente”, Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, Argentina, noviembre de 2013.

² Este tema fue desarrollado en profundidad en Montero (2012a), por lo que sólo retomaremos algunos ejemplos ilustrativos.

pruebas (junto al pathos y al logos) por las cuales es posible persuadir: el ethos remite a la imagen que el orador proyecta sobre sí mismo en su discurso y a los atributos con que se inviste para hacer su palabra creíble, pero también –agregamos-, al vínculo representativo e identitario que esa imagen habilita³.

En primer lugar, entonces, expondremos algunas consideraciones teórico-metodológicas sobre la noción de memoria discursiva, y posteriormente nos abocaremos a analizar de qué modo esa categoría se pone en funcionamiento en el análisis del discurso kirchnerista.

1. La noción de “memoria discursiva”: una revisión crítica

Ya desde sus inicios, el análisis del discurso se ha preguntado por los vínculos existentes entre el dominio de lo discursivo, el de lo histórico y el de lo ideológico. Pero será a partir de los aportes de Pêcheux, y luego de Courtine –fundadores del llamado “análisis del discurso francés”- que la pregunta por la inscripción de la memoria y por la presencia de las palabras, voces o enunciados pretéritos en el hilo de un discurso determinado adquirirá un carácter más sistemático.

Pêcheux interroga y reelabora la categoría foucaultiana de *formación discursiva* para pensar las huellas de discursos-otros en el hilo de un discurso aparentemente homogéneo, y señala que toda formación discursiva mantiene una relación de dependencia con respecto a un “todo complejo dominante” que determina y rodea el proceso discursivo: el *interdiscurso*. Se trata de las “*huellas de construcciones anteriores*, de elementos discursivos ahí presentes, cuyo enunciador ha sido olvidado” (Maldidier, 1992: 208). En los textos tardíos de Pêcheux, el interdiscurso aparece como un dominio “aprehensible” lingüísticamente y se solapa con la noción de memoria, el “conjunto complejo, preexistente y anterior [...] constituido por series de tejidos de indicios legibles, que constituyen un cuerpo socio-histórico de huellas [*corps socio-historique de traces*]” (1990: 286).

En este punto, se establece un vínculo entre el *interdiscurso* y la *memoria discursiva*, categoría que Courtine acuñará en 1981⁴. Retomando a Foucault, Courtine dirá que todo enunciado posee un “dominio asociado”, un “campo adyacente” o un “espacio colateral”, es decir, una red de formulaciones en la que el enunciado se integra y forma elemento. Es en el campo de las secuencias “verticales” del interdiscurso –es decir, las formulaciones a

³ Sobre las distintas acepciones de la noción de ethos, cf. Montero 2012b.

⁴ Cf. también Courtine (1994).

las que un determinado enunciado refiere implícita o explícitamente “ya sea para repetir las, modificarlas, adaptarlas, oponerse a ellas o simplemente hablar de ellas” (1981: 43)- donde se sitúa la categoría de memoria discursiva: dada su naturaleza *material* y *repetible*, “no hay enunciado que, de una manera u otra, no reactualice otros”, afirma Courtine. De esa manera, “toda producción discursiva que se efectúa en las condiciones determinadas de una coyuntura, pone en movimiento, *hace circular* formulaciones anteriores, ya enunciadas, [que irrumpen] como un efecto de *memoria* en la actualidad de un acontecimiento” (*ídem*: 52).

En términos metodológicos, la propuesta de Courtine para abordar este *efecto de memoria* discursiva consiste, sintéticamente, en identificar una *secuencia discursiva de referencia* (sdr, una secuencia específica que remite a un sujeto y a una situación de enunciación, y que funciona como un punto de referencia a partir del cual se organiza el resto del corpus) y observar de qué modo esta se reparte en relación a: (i) su *dominio de memoria*, constituido por el conjunto de secuencias discursivas que preexisten a la *sdr*, y con las cuales se conforman “redes de formulaciones”, analizando los efectos de esa puesta en red (efectos de memoria, de redefinición, de transformación, de olvido; (ii) su *dominio de actualidad*, formado por las secuencias discursivas que coexisten con la *sdr* en una determinada coyuntura histórica, y que por ello se inscriben en la instancia del *acontecimiento* (Courtine aclara que “la producción de efectos de actualidad es, al mismo tiempo, resultante del desarrollo procesual de los efectos de memoria que la irrupción del acontecimiento, en el seno de una coyuntura, reactualiza”); (iii) su dominio de anticipación, esto es, el conjunto de secuencias que suceden a la *sdr* y que también pueden vincularse con el dominio de memoria (1981: 55-57). Desde este enfoque, Courtine se ocupa de rastrear la permanencia y las transformaciones del discurso del Partido Comunista Francés (PCF) dirigido a los cristianos entre 1936 y 1976, en el marco de su “política de mano tendida”. En su análisis, Courtine identifica una serie de secuencias que constituyen la memoria discursiva del diálogo (un “diálogo de sordos”, por cierto) entre el PCF y la Iglesia.

Reelaboraciones recientes de la memoria discursiva: límites y desafíos teórico-metodológicos

Las elaboraciones más contemporáneas en torno a la categoría de *memoria discursiva* revelan algunos desplazamientos con respecto a las preocupaciones iniciales: por un lado,

un retorno sobre el análisis de discursos atribuidos a un solo sujeto, en el plano horizontal y con un progresivo abandono del abordaje histórico (Courtine, 1989, citado en Moirand, 2007). Por otro lado, un mayor énfasis en los aspectos individuales (y cognitivos) de la memoria, y una preocupación por la articulación entre lo individual y lo colectivo: así, por caso, la categoría de “memoria interdiscursiva” (memoria de las palabras o decires) (Moirand, 2007) intenta recuperar el trayecto de una palabra o término en la cronología de un determinado acontecimiento⁵. La noción de “prediscurso” acuñada por Paveau (2006), por su parte, permite abordar los marcos interpretativos previos que organizan nuestros propios discursos, nuestros modos de hablar, nuestro estilo, el stock semántico, discursivo y pragmático heredado, desde una visión cognitivo-discursiva de la memoria que incorpora a la vez las representaciones internas y externas. Previos, tácitos y no necesariamente presentes en secuencias discursivas identificables, los prediscursos son “marcos de saber, de creencia y de práctica que no solo están disponibles en la mente de los individuos y en la cultura de los grupos, sino que están distribuidos, en el sentido cognitivo del término, en los entornos materiales de la producción discursiva” (Paveau, 2013a).

En una línea que también intenta rescatar el carácter individual de la memoria, aunque desde una perspectiva más atada a su carácter enunciativo, Possenti sostiene que “la memoria [...] debe ser algo más que una maquinaria discursiva o un fondo de archivo” (2011: 2) y que ella desencadena necesariamente asociaciones y representaciones (aunque sean inconscientes o imaginarias) que anclan en el recuerdo de hechos y eventos por parte de un sujeto determinado. De allí que para el autor la memoria no pueda limitarse a su carácter netamente (inter)discursivo y a los enunciados que un discurso retoma, repite o reformula: ella alude, en cambio, al conjunto de representaciones de hechos (principalmente episodios y acontecimientos históricos, pero también enunciados concebidos en tanto acontecimientos) a los que un discurso hace referencia⁶ y que desencadenan recuerdos en los individuos.

⁵ El enfoque de Moirand busca dar cuenta de las percepciones, interpretaciones y categorizaciones de la realidad por el sujeto hablante, y de las alusiones que este realiza en el hilo de su discurso a fin de organizar sus contenidos y de disparar recuerdos, representaciones y saberes. Es cierto que el aspecto cognitivo de la memoria se articula, para la autora, con un anclaje discursivo e histórico, de modo que en los procesos de alusión intervienen diferentes memorias: la *memoria enciclopédica* ligada al uso de la lengua; la *memoria interdiscursiva*; la *memoria acontecimienta* (*memoria semántica* y *episódica*) desencadenada por las palabras-eventos; y la *memoria colectiva* en la que los discursos se inscriben. Sin embargo, esa articulación entre lo individual y lo colectivo no deja de ser problemática.

⁶ No obstante la pertinencia de esta observación, debemos resaltar que la perspectiva acontecimienta está ya presente en el propio texto de Courtine (1981), cuando éste alude a la célebre condena de Pio XI hacia

Las perspectivas actuales sobre la memoria discursiva ponen de manifiesto algunas limitaciones de la categoría propuesta por Courtine en los años 80 e intentan reformular esa noción articulando lo interdiscursivo con lo individual. Por nuestra parte, no es el aspecto individual –y menos aún el cognitivo– de la memoria el que nos interesa profundizar, sino las formas bajo las cuales la memoria se hace presente en un determinado discurso político⁷, y los modos en que esa memoria contribuye a forjar y configurar identidades políticas. También desde ese punto de vista, el abordaje de Courtine resulta en ocasiones restrictivo, y ello por varias razones.

Por un lado, dado que el foco está puesto en la comparación de distintas series de formulaciones, la propuesta de Courtine no contempla la posibilidad de abordar las memorias que un determinado discurso evoca, construye y reelabora desde una determinada posición de enunciación. En ese sentido, al trabajar estrictamente en el plano de las series interdiscursivas, esta propuesta es útil para abordar la trayectoria de un determinado discurso que se presupone homogéneo en algún aspecto (por caso, el trayecto del discurso de un determinado líder político, de una agrupación o partido, etc.), pero ella no permite dar cuenta de las representaciones que un determinado discurso produce *sobre* el pasado, en términos de *relatos* o *narrativas* del pasado, aspecto sobre el que nos interesa particularmente indagar.

Por otro lado, la categoría de memoria discursiva impone la necesidad de construir corpus de largo alcance que abarquen distintas coyunturas históricas. Esto comporta cierta circularidad que, muchas veces, resulta en un vicio metodológico, puesto que habilita al investigador a reconstruir series históricas de acuerdo a sus intereses e inquietudes (pero también a sus propios saberes y memorias), seleccionando los discursos o formulaciones que se adaptan a su hipótesis y descartando aquellas que la desmienten. La construcción del corpus de análisis revela, en este caso más que en otros, su carácter problemático, en

los comunistas (“El comunismo es intrínsecamente perverso”) que luego será retomada por el Partido Comunista en su “política de la mano tendida” hacia los cristianos.

⁷ La preocupación por la cuestión de la memoria discursiva en corpus de discursos políticos o mediáticos está presente en varios trabajos recientes. Indursky (1997), por caso, interroga la cuestión de la memoria y la repetición en los discursos autoritarios brasileños. Vitale (2007a; 2007b), por su parte, se ocupa de rastrear las “memorias retórico-argumentales” de los discursos golpistas en la prensa gráfica argentina entre 1930 y 1976. Arnoux (2008) aborda las huellas de la memoria discursiva en el discurso político del ex presidente venezolano H. Chávez en términos de una “matriz de discursos latinoamericanistas”. En Arnoux, Bonnin, De Diego y Manganego (2012) se examinan las memorias discursivas acerca de la integración latinoamericana en un corpus de discursos de la UNASUR. Blanco Machado (2014) analiza las memorias movilizadas en distintas escenas discursivas en torno a los cincuenta años del golpe militar en Brasil. Finalmente, compilaciones relativamente recientes como las propuestas por Guimarães y Brum de Paula (2005) e Indursky, Mittman y Leandro Ferreyra (2011) también dan cuenta del interés creciente por estas cuestiones.

la medida en que exige explicitar, interrogar y someter a revisión los criterios de constitución del objeto de indagación.

Por último, esta noción no permite atender cabalmente al carácter conflictivo de la memoria, aspecto central para abordar su vínculo con las identidades políticas. Aunque Courtine afirma que la memoria discursiva comporta, por inscribirse en formaciones ideológicas, una dimensión de contradicción (que el autor visualiza en términos de conflictos de clase), lo cierto es que no provee las herramientas necesarias para analizar las batallas que se producen en torno a la(s) memoria(s) del pasado, en términos de reformulaciones, mutaciones o disputas por los sentidos pretéritos.

Por nuestra parte, como ya indicamos, nos interesa poner específicamente la mirada sobre la incidencia de la memoria en la configuración de las identidades políticas. Consideradas como “prácticas sedimentadas configuradoras de sentido que definen orientaciones gregarias de la acción a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna”, las identidades políticas comprenden tres dimensiones analíticas: la alteridad, la representación y la “perspectiva de la tradición”. Si la primera refiere a los mecanismos de diferenciación, antagonismo y diferencia, la representación concierne a la constitución de liderazgos, a la conformación de ideologías políticas y a la relación con ciertos símbolos que dan cohesión a la identidad política; la tradición, por último, remite a las interpretaciones del pasado y sus proyecciones en un futuro deseado (Aboy Carlés, 2001: 64-71).

Es precisamente esa última dimensión, la de la tradición, y su incidencia en la definición de afinidades y diferencias políticas, la que proponemos repensar mediante una revisión de la categoría de memoria discursiva, atendiendo a dos modalidades de emergencia de la memoria en el discurso: la *memoria incorporada* y la *memoria representada*.

2. Memoria e identidad(es) política(s)

Memoria incorporada

La “memoria incorporada” constituye una de las modalidades de emergencia de la memoria discursiva. Ella se inscribe, sin duda, en la perspectiva abierta por Courtine y sus relecturas contemporáneas, pero pone el acento en un aspecto no suficientemente explorado por estos enfoques: la posible relación existente entre la evocación, la reapropiación, el retorno y la transformación de discursos pretéritos y la configuración de las identidades políticas: tanto las identidades de aquellos que toman la palabra política y

evocan –consciente o inconscientemente- discursos del pasado para modelar su propio discurso y proyectar una cierta imagen discursiva, como las de aquellos que, en calidad de destinatarios del mensaje político, se hacen eco de las ideas, creencias y valores movilizados por aquel.

Como ya señalamos, la memoria de discursos pasados, que de algún modo constituyen la trama en la que toda palabra política se filia, efectivamente deja huellas materiales en los discursos políticos: esto supone que todo discurso reactiva, evoca, recupera, resignifica y reelabora temas, consignas, representaciones e imaginarios (materializados en *topoi* y modos de decir⁸) que pueden rastrearse en el pasado, en otras coyunturas históricas. Ahora bien: nos interesa destacar que ese proceso de evocación/transformación de discursos pasados se hace cuerpo, esto es, se *incorpora* o se *encarna* en la figura de aquel que habla, para dar forma a su ethos o imagen discursiva. Por esa vía, se proyecta en el auditorio y genera “actos de identificación” que contribuyen a la conformación de las identidades políticas y del lazo representativo⁹.

Yendo a nuestro caso de análisis: ¿cuáles son las huellas de la memoria de la militancia setentista en la materialidad del discurso kirchnerista? ¿Qué incidencia tiene la evocación de esa memoria en la configuración de la imagen presidencial, es decir, de su ethos, y cuáles son sus efectos en la configuración de las identidades políticas argentinas? El abordaje de este efecto de memoria incorporada puede reconstruirse, siguiendo el método trazado por Courtine, mediante el análisis comparativo de series de formulaciones: para ello es preciso recortar una serie de discursos militantes con la que cotejar el discurso presidencial¹⁰. Los trabajos sobre la “Nueva Izquierda” o sobre el “ethos de los setenta”¹¹, así como los estudios de Angenot (2000) sobre los “*récits militants*” (los únicos análisis sistemáticos sobre esta tipología discursiva) echan luz sobre un cierto “espíritu de época” o un “imaginario” setentista: discursos y acciones convergentes, cierto ideario, ciertos

⁸ Como señalan, desde distintos enfoques, Paveau (2006) y Vitale (2007a; 2007b), la memoria discursiva comporta una fuerte impronta argumentativa. En ese sentido, decimos que la memoria discursiva moviliza tanto *topoi* (principios argumentativos, lugares comunes) o tópicos, como modos de decir, maneras de hablar o “gestos de habla”, todo un “stock semántico y pragmático” (Paveau, 2013a) que permite actualizar decires y discursos del pasado.

⁹ En eso reside precisamente el proceso de “incorporación” al que alude Maingueneau (2002) cuando aborda el modo en que el destinatario en posición de intérprete –auditor o lector– se apropia del ethos (de su corporalidad, de su tono), constituyéndose así el *cuerpo* de la comunidad imaginaria de los que adhieren al mismo discurso.

¹⁰ La definición de este “corpus de contraste” entraña no pocas dificultades metodológicas, dada la enorme variedad de discursos, programas y organizaciones políticas que podría abarcar, y la inexistencia de estudios sistemáticos sobre las características enunciativo-argumentativas del discurso militante.

¹¹ Cf., por caso, Hilb y Lutzky (1984), Tortti (1999) y Svampa (2003).

modos de concebir la política, un “lenguaje común” y un “común estilo político”. A partir de allí es posible construir un “corpus de contraste” abierto y aleatorio, compuesto por textos y documentos pertenecientes a cuatro agrupaciones políticas activas y relevantes en la época: una peronista y tres no peronistas; dos armadas y dos no armadas¹². Postular la existencia de ese imaginario setentista no implica, evidentemente, afirmar que existe *una única* memoria de y sobre los setenta, una memoria fija, cerrada y homogénea. Esa memoria militante setentista alude tanto a las ideas y discursos que se desprenden de los propios documentos de la época, como a aquellos relatos que, desde la actualidad, reconstruyen esa matriz creencial, ideológica y representacional: no se trata, por cierto, de evaluar la “adecuación” del discurso kirchnerista con respecto al setentista, sino de dar cuenta del modo en que éste es retomado y reelaborado.

En el plano de la memoria incorporada, es posible rastrear, por un lado, aquellos topoi característicos del discurso setentista que aparecen evocados y reelaborados en el kirchnerista, y que hacen a la configuración del ethos militante del ex presidente: el topos de la heroicidad; el de la condena a la traición y a la neutralidad; el de los sueños y las convicciones como motores de la acción política; el del militante como “hombre común”; el del militante como un sujeto joven, transgresor y rebelde con “derecho a disentir” y a “pensar diferente”; el topos de la “lógica binaria”, el del anti-imperialismo/ anti-liberalismo y la retórica anti-burocrática, son algunos de ellos. Tomemos, por ejemplo, el tópico de la heroicidad: si en los discursos militantes la heroicidad conducía argumentativamente a la muerte del héroe, en el caso del discurso kirchnerista esas cadenas argumentativas son reformuladas y orientadas a discursos vinculados con el compromiso, el sufrimiento y/o la entrega a una causa, pero no con la muerte, operando de ese modo una suerte de desplazamiento semántico que permite evocar y al mismo tiempo reformular, *aggiornar* y actualizar un aspecto –por otra parte central- de la memoria setentista.

En el caso del tópico de la juventud, la transgresión y el derecho a disentir también se producen desplazamientos: así, encadenamientos que en la discursividad militante vinculaban la juventud con la transgresión, luego con el derecho a disentir y con la

¹² Se trata de un conjunto de documentos, artículos, solicitudes y folletos de los principales órganos de difusión del Partido Socialista, el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo, la Juventud Peronista-Montoneros y el Partido Comunista Revolucionario. Dado que nuestro interés no reside en describir el discurso militante sino el kirchnerista en su apropiación o evocación del primero, el estudio de las diferencias, los matices y las similitudes dentro de ese vasto universo discursivo merece ser abordado en otras investigaciones.

“lealtad” a una causa (“Los leales pueden disentir, los obsecuentes siempre traicionan”, decía *El Descamisado* en un diálogo secreto con Perón), en Kirchner son resignificados en discursos que vinculan la juventud con la transgresión, con el derecho a disentir o a “pensar diferente” y luego con la pluralidad, la democracia, y la libertad de expresión.

Pero también es posible identificar, como dijimos, continuidades en el plano de los gestos de habla y en los modos de interpelación: en efecto, el discurso kirchnerista se despliega en una modalidad discursiva privilegiada, la emotivo-exclamativa, que instaura, siguiendo a De Ipola (1997), una “lógica de la pertenencia” y evoca tonos, léxico y modos de decir setentistas. La exclamación, la modalidad afectiva y el recurso a un registro coloquial permiten al enunciador trazar un espacio de complicidad con sus destinatarios positivos, sellando un pacto de creencia que se figura como “vivido”, “sentido” y “atestiguado”. Al mismo tiempo, es posible identificar modos de interpelar al adversario político que también evocan la memoria discursiva setentista, tanto en las formas de interpelación (cf. por caso, la “contradestación directa”¹³) como en las modalidades léxicas de vituperio.

En todos los casos –que no exploramos aquí en detalle– puede observarse que la memoria de la militancia setentista deja huellas en el propio decir, en la propia enunciación presidencial, haciéndose de ese modo cuerpo en un ethos que se proyecta como joven, transgresor, valiente, luchador, idealista, etc., generando de ese modo una identificación que suelda el lazo representativo.

La memoria representada

Pero, como señalábamos, existe una dimensión político-identitaria de la memoria discursiva que no remite a la repetición, transformación y reelaboración de discursos del pasado en el plano del decir, sino que puede pensarse como una memoria elaborada en el plano de *lo dicho* o del *enunciado*, una memoria narrada que articula un relato *sobre* el pasado, y ya no en las huellas que se plasman en la propia enunciación. Estamos situados, entonces, en el plano del relato de la historia, que no ha sido profundamente tematizado

¹³ Se trata de un modo de interpelación en segunda persona, en ocasiones en forma voseante, que es poco común en el discurso político (este suele dirigirse a sus contradestinatarios en tercera persona, excluyéndolos así del círculo interlocutivo): “¿Qué te pasa Clarín?” es el ejemplo más célebre. Su empleo recurrente en el discurso kirchnerista remite a cánticos y consignas setentistas del tipo “¿Qué pasa General...?” o “Rucci, traidor, a vos te va a pasar...”.

por el análisis del discurso, pero sí por la narratología y por la teoría literaria para pensar las características de todo relato (sea este literario o no)¹⁴.

Como es sabido, la idea benvenistiana de que la “historia” constituye una tipología objetiva, impersonal y sin anclaje en la enunciación fue puesta en cuestión por los estudios narratológicos. En “El discurso de la historia” Barthes se interroga acerca de la pertinencia de oponer relato ficticio y relato histórico, y señala que la historia también puede pensarse como un discurso narrativo: “La narración de acontecimientos pasados que, en nuestra cultura, desde los Griegos, está sometida a la sanción de la ‘ciencia’ histórica, situada bajo la imperiosa garantía de la ‘realidad’, ¿difiere realmente, por algún rasgo específico, por alguna indudable pertinencia, de la narración imaginaria, tal como podemos encontrarla en la epopeya, la novela, el drama?” (1988: 166). En efecto, para Barthes los discursos sobre el pasado (los de los historiadores, por ejemplo), lejos de articularse como enunciados desembragados, son discursos tan plagados de marcas enunciativas como cualquier otro.

Desde este punto de vista, puede decirse que el relato histórico es, como todo relato, un artificio discursivo, un “artefacto” narrativo pasible de ser analizado abordando, por ejemplo, las relaciones de tiempo, de modo y de persona, o los motivos, indicios y personajes que configuran el sentido del relato. Así, es el relato mismo el que nos permite acceder al plano de la *historia* (i.e., la diégesis o el conjunto de acontecimientos que son objeto del relato, solo reconstruibles a partir de este) y al plano de la enunciación narrativa (i.e., la situación y el acto de la narración, el modo en que el narrador se posiciona, etc.) y examinar los vínculos entre el enunciado, la historia y la instancia enunciativa (Genette, 1972).

¿Pero qué sucede cuando lo que nos interesa no es el relato historiográfico, sino el relato político sobre la historia? Aquí ya no estamos situados, entonces, en el plano del discurso histórico—que se presume objetivo y aséptico—, sino en el del discurso político, que es por definición polémico, selectivo, contingente. De lo que se trata es entonces de analizar la *construcción* política de una(s) memoria(s), en tanto elaboración discursiva o artificio

¹⁴ Como es sabido, la relación de la narrativa con la memoria y las identidades sociales, colectivas y nacionales ha sido objeto de múltiples análisis: así, la noción de “identidad narrativa” elaborada por Ricoeur (1999), pero también los estudios culturales sobre las narrativas nacionales (Bhabha, 2010), entre tantos otros, apuntan precisamente a dar cuenta de la incidencia de la memoria en la configuración de relatos sobre la propia vida, la tradición y la historia nacional. Sin embargo, debemos apuntar que esos enfoques (cuyo examen detallado excedería ampliamente el propósito de este trabajo) no ahondan en el carácter político de esas identidades, en el sentido que aquí adoptamos.

narrativo producto del modo en que los protagonistas recortan, interpretan y reconstruyen el pasado desde el presente, y su incidencia en la consolidación de identidades políticas. Nos interesa, en particular, pensar los procesos de “oficialización” de estas memorias representadas, su cristalización en relatos estables, perdurables y políticamente operativos, memorias dominantes que pugnan por hegemonizar sentidos sobre el pasado. Relatos siempre selectivos, las “memorias oficiales” son “intentos más o menos conscientes de definir y reforzar sentimientos de pertenencia, que apuntan a mantener la cohesión social y a definir fronteras simbólicas” (Jelin, 2002: 40).

En el caso del kirchnerismo, es evidente que la cuestión del relato sobre la historia ha sido una apuesta central en su dispositivo discursivo, y que debe ser abordada como una dimensión fundamental para comprender el modo en que ese discurso político participó de las disputas simbólicas por el pasado, y por esa vía, dio forma a su propia identidad política. Y es central no solo porque el kirchnerismo se posicionó, desde sus inicios, como un nuevo intérprete del pasado, ofreciendo una lectura oficial novedosa sobre la historia reciente argentina, sino que además explicitó su carácter de relato, su impronta artificiosa (es un discurso que, siguiendo a White, narrativiza su propio relato¹⁵), dando por lo tanto lugar a disputas no sólo sobre *lo que se relata*, sino, sobre todo, sobre la pertinencia, la legitimidad y la posibilidad misma de construir relatos desde el Estado (lo que habilita también discursos críticos y hasta burlones sobre la “crisis del relato”, el “fin de relato”, etc.)¹⁶. De modo que allí el carácter narrativo de la memoria es tematizado, escenificado y puesto en disputa, y aparece como uno de los objetos de litigio: ¿tiene el Estado derecho, legitimidad y capacidad para construir relatos?

¿Qué representación(es) del pasado reciente ha construido y elaborado el discurso kirchnerista? Postulamos que es posible identificar tres relatos –convergentes y complementarios- sobre los últimos treinta años de historia argentina.

El discurso kirchnerista delinea, por un lado, un pasado denostado y demonizado, que se define como un bloque temporal en la que se postula una continuidad y una identidad política, económica, ideológica y simbólica entre la última dictadura militar y la

¹⁵ Según White, existen discursos históricos que *narran* y otros que *narrativizan*, discursos que adoptan abiertamente una perspectiva que mira al mundo y lo relata, y discursos que fingen “hacer hablar al propio mundo y hablar como un relato” (1992: 18). Pero en cualquier caso, para White narrar la historia supone, además de proveer pruebas sobre hechos verídicos, revelar esos hechos como sucesos dotados de una estructura, de un orden signifiante que excede la pura secuencia temporal, es decir: dotarlos de sentido.

¹⁶ En este sentido, son elocuentes las afirmaciones de la Presidente Cristina Fernández de Kirchner en su discurso de asunción presidencial del año 2007: “Nos debemos [...] un relato diferente de nosotros mismos los argentinos”. Agradezco a la Lic. Mariana Cané por esta referencia.

instauración y desarrollo de un régimen económico –el neoliberalismo– cuyo corolario y máxima expresión se habrían manifestado en la década del 90 y en el estallido del año 2001. En ese bloque “dictadura-neoliberalismo” que va desde el año 1976 hasta el 2001, definido casi sin matices ni ambages, se homologan las prácticas dictatoriales con el modelo económico neoliberal.

Ese objeto discursivo es articulado, por un lado, mediante presuposiciones de existencia que generan un efecto de evidencia y muestran ese bloque como un pasado cerrado y concluido:

...la dignidad avasallada y perdida por **las políticas que se profundizaron en la década del ‘90 y que empezaron en 1976**. (13/08/2003)

Con toda honestidad y con la mano sobre el corazón, les digo que no podemos seguir analizando la política argentina y las decisiones institucionales con **la cultura y la práctica política de los ‘90 o con la que se fue cultivando del ‘76 en adelante que tuvo su profundización aquel momento**, donde parecía ser que cada decisión política tenía una alquimia maléfica para destruir otras cosas, otros hechos, otras personas o decisiones. (06/01/2004)

Por otro lado, se encuentran enunciados metonímicos que operan desplazamientos semánticos desde el campo de la política hacia el de la economía, desde el imaginario dictatorial (represivo, violento, uniformado) hacia el neoliberal: la “dictadura del sistema previsional/de las jubilaciones”, el “Estado gendarme del FMI”, el “pensamiento uniforme” (retomando el sintagma “pensamiento único”, que alude al régimen neoliberal), la teoría económica ortodoxa con la que nos han “atormentado y torturado todos estos años”, son algunos ejemplos de estos desplazamientos metonímicos en los que la represión política se asimila a la represión económica.

El tiempo –es decir: la duración de la diégesis- de este primer relato refiere, en el plano de la historia, a un período largo, que abarca treinta años de historia argentina. Sin embargo, en el plano del relato ese tiempo largo aparece condensado, sintetizado mediante esas operaciones de desplazamiento que van del imaginario militar al neoliberal. Este tipo de puesta en trama, que se articula al modo de las operaciones metonímicas, constituye, para White, un modo de explicación que remite a “la tragedia, al mecanicismo y a la ideología radical” (2010: 16).

Se trata, sin dudas, de una de las más significativas apuestas discursivas y narrativas del kirchnerismo, dada su amplia aceptación social. Es cierto que el vínculo entre la dictadura y su política económica tiene una larga tradición. Ya en la “Carta Abierta a la Junta Militar” Walsh denunciaba que los crímenes, secuestros y modos de represión política implementados por la dictadura infringían tanto sufrimiento como su política económica,

política dictada por el Fondo Monetario Internacional que favorecía a las “minorías” de la “vieja oligarquía ganadera”, la “nueva oligarquía especuladora” y a “un grupo selecto de monopolios internacionales”: “En la política económica de ese gobierno debe buscarse no solo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada”. Es cierto también que en el mundo académico y cultural la asociación entre la dictadura y el neoliberalismo no es novedosa: las ciencias sociales ya habían estudiado la relación entre la dictadura y el cambio en el patrón de acumulación en favor de los sectores financieros, y basta con repasar el filme *La historia oficial* para recordar que el personaje de Roberto, el marido empresario, tiene vínculos con los militares. Sin embargo, lo que resulta novedoso en el discurso kirchnerista es el modo en que este instaure, desde una posición de enunciación presidencial y por lo tanto “oficial”, una lectura sobre el pasado que se vuelve hegemónica en numerosos ámbitos (culturales, educativos, mediáticos) y una asociación inmediata entre los crímenes políticos y los delitos económicos o civiles.

En paralelo –y en oposición– a este primer relato del pasado, en el discurso kirchnerista es posible identificar un segundo tipo de relato, más intimista, más personal, más subjetivo y más cercano al género testimonial que el anterior, que tiene a la “generación” de militantes setentistas como protagonistas casi excluyentes. Aquí predomina un tono realista-romántico, con múltiples anécdotas, homenajes y testimonios, y numerosas marcas de identificación y subjetividad-afectividad que remiten a la posición de enunciación del propio enunciadore. El militante político, en tanto “actante” de este relato, aparece retratado como un héroe, dotado de múltiples cualidades: el militante es, ante todo, joven, y por eso transgresor y valiente; es un sujeto sacrificado; “una persona común”, humilde, simple, alegre y emotiva, animada por sueños, ideales y convicciones. Finalmente, los jóvenes militantes que protagonizan este relato son amantes del pluralismo, la democracia y la diversidad.

La temporalidad de este segundo relato es de una corta duración (porque remite a un tiempo corto de la historia, a hechos puntuales, a encuentros, anécdotas, testimonios sobre eventos concretos como el retorno de Perón en el ‘72, las peñas y guitarreadas en la universidad, alguna referencia al acto de Ezeiza), pero tiene un carácter metafórico en la medida en que esas pocas referencias temporales condensan y resumen todo un imaginario que se hace extensivo hasta el presente, que se proyecta hasta la actualidad, construyendo así la imagen de un pasado que no está cerrado ni concluido. No

casualmente, para White, el modo explicativo de la metáfora remite a la trama romántica: operando al modo de la analogía o la similitud, la metáfora instauro un tipo de trama cercano al romance, “un drama cuya identificación está dada por la trascendencia de un héroe del mundo de la experiencia, con una victoria final que produce su liberación de ese mundo” (White, 1992: 19).

Esto se condice perfectamente con el género que caracteriza a este tipo de relato, el testimonio. En efecto, si en el primer relato encontramos indicios de un solapamiento entre el discurso político y el discurso de denuncia, en esta segunda trama interpretativa encontramos en cambio una imbricación entre el discurso político y el testimonial, con todo lo que ello implica en términos de construcción enunciativa y narrativa: preeminencia del yo, tono realista-romántico, estereotipos, esquemas binarios, etc. (Sarlo, 2005). Sin embargo, aquí cabe una especificación, que debe, ciertamente, ser profundizada: dentro del macro-género del “espacio biográfico”, suelen distinguirse distintos géneros. El testimonio es uno de ellos, pero no el único: por citar un ejemplo cercano, podría aventurarse que en el caso del discurso del presidente uruguayo José Mujica encontramos también referencias, y muchas, a su pasado guerrillero, pero en ese caso se trata de referencias que se inscriben en otro tono, tal vez menos cercano al género testimonial que a las “memorias” o los “recuerdos”. Caracterizados por un mayor distanciamiento, una toma de distancia enunciativa e ideológica, en estos géneros discursivos el enunciador habla como un “viejo sabio” que observa y juzga su propia vida, y que incluso es capaz de la autocrítica (de la “confesión”). En el caso del discurso de Kirchner, en cambio, encontramos una mirada sobre el pasado más implicada, menos distanciada, casi como no mediada por el paso del tiempo: allí quien habla se figura como heredero del legado y de la misión de sus compañeros, y en esa medida se plantea una continuidad entre pasado y presente.

Entre estas dos lecturas, explícitas y manifiestas, sobre los últimos treinta años de historia argentina (sobre la dictadura y sobre la década del noventa, apoteótico punto de llegada del modelo implementado en el '76, y sobre los años de activismo militante), hay un sintomático silencio, que muchos han reparado, en relación a la transición democrática y a la gestión alfonsinista, periodo que suele ser omitido o ignorado en el discurso de Kirchner. Esta omisión, decíamos, debe sin embargo ser interpretada de manera sintomática: presente por su ausencia, el alfonsinismo aparece como un interlocutor silencioso en el discurso kirchnerista, un interlocutor que es constitutivo de la propia

identidad política kirchnerista, que se define desmarcándose y distinguiéndose precisamente de la alfonsinista, pero teniéndola como horizonte y referencia.

El relato que el discurso kirchnerista construye acerca de la década del ochenta se visualiza cabalmente en el discurso de asunción presidencial de 25 de mayo de 2003, en el que el ex presidente realiza un breve *racconto* histórico de las últimas décadas de historia argentina con el fin de marcar la necesidad de un “nuevo parámetro de éxito” para medir y evaluar las políticas. Según ese relato, las políticas implementadas durante la transición democrática se limitaban a la necesidad de mantener el orden democrático y de contener la avanzada militar:

A comienzos de los 80, se puso el acento en el mantenimiento de las reglas de la democracia y los objetivos planteados no iban más allá del aseguramiento de la subordinación real de las Fuerzas Armadas al poder político. La medida del éxito de aquella etapa histórica, no exigía ir más allá de la preservación del Estado de derecho, la continuidad de las autoridades elegidas por el pueblo. Así se destacaba como avance significativo y prueba de mayor eficacia la simple alternancia de distintos partidos en el poder. (25/05/2003)

Como puede verse, ya en este discurso inaugural Kirchner establece una nueva “medida de éxito” que lo distinguirá de la empresa alfonsinista, que “no iba más allá” del aseguramiento del Estado de Derecho y no se proponía más que la simple alternancia partidaria. Según el discurso kirchnerista, en cambio, los nuevos parámetros de éxito implican adoptar “una nueva perspectiva” que contemple no sólo el funcionamiento pleno del Estado de Derecho, sino, también, “la vigencia de una efectiva democracia, la correcta gestión de gobierno, el efectivo ejercicio del poder político nacional en cumplimiento de transparentes y racionales reglas, imponiendo la capacidad reguladora del Estado” (25/05/2003). Esto supone, efectivamente, adoptar una nueva concepción sobre la democracia y la justicia.

El análisis de estas disputas y desplazamientos requeriría abordar aquellas “escenas polémicas” en las que Kirchner permanentemente intenta revertir y subvertir sentidos sobre la democracia, la república, la justicia, resignificando así términos y conceptos caros a la tradición liberal o republicana, y propios del imaginario que el discurso construye sobre la transición democrática. Para tomar solo un caso, basta recordar una célebre polémica entre Kirchner y el periodista Morales Solá: éste le había cuestionado, desde el diario La Nación, el hecho de amenazar las instituciones de la República (i.e., la división de poderes) por haber “apurado a la justicia” cuando, en el Acto del ex-CCD La Perla en 2007, Kirchner había pedido a la justicia que comenzara a expedirse con los juicios a los responsables de violaciones de derechos humanos. En esa serie de

intercambios polémicos, Kirchner refuta a Morales Solá respondiéndole que no solo era falso que él invadiera otros poderes y que por ello fuera anti-republicano, sino que su apuesta era profundamente republicana, en un sentido más profundo y verdadero, en tanto buscaba “abrir las instituciones del Estado”, hablar con honestidad y sin hipocresía, etc.¹⁷.

En suma, la lectura kirchnerista del pasado tiene un marcado tono refundacional, en tanto se diferencia de sus antecesores e instaura una nueva mirada sobre las últimas décadas, mediante tres operaciones discursivas: por un lado, el señalamiento y la denuncia de la presunta connivencia entre la dictadura y ciertos sectores de la sociedad civil que se habrían beneficiado de la implantación del neoliberalismo asociado a la represión política. Por otro, la recuperación y la reivindicación de prácticas, valores e ideas de la militancia setentista, en un registro que acentúa más su carácter fraternal, afectivo, heroico y voluntarista que su aspecto más trágico, iluminando un pasado que nunca antes había sido reconocido desde la posición de enunciación presidencial. En este relato la figura del militante tiene un rol central, y predomina por sobre la figura de la “víctima inocente”, vigente durante el alfonsinismo. Finalmente, un intento por resignificar la transición democrática y disputar sentidos profundos en torno a la democracia, la justicia y la política misma: se trata, ahora, de terrenos no neutrales ni imparciales, no procedimentales, no formales ni puramente “institucionales”. A diferencia de la “asepsia” y la presunta despolitización que habría regido durante la transición, el kirchnerismo propone en cambio una democracia atravesada por el conflicto, fundada en valores y convicciones.

3. Palabras finales

En este artículo nos propusimos, en primer lugar, presentar al lector interesado en la dimensión discursiva de la memoria algunas herramientas teórico-metodológicas para abordar los trayectos, las huellas y los relatos, pero también los olvidos y las reelaboraciones del pasado en los discursos políticos. En particular, nos concentramos en las posibles relaciones entre la memoria discursiva y la constitución de identidades políticas, en tanto disposiciones que orientan la acción colectiva en base a la configuración de antagonismos y fronteras, liderazgos e identificaciones, linajes y

¹⁷ Decía Kirchner: “Señores, por hablar y decir lo que uno piensa, sin hipocresías, ¿estamos poniendo en juego las instituciones de la República o estamos tratando de una vez de que las instituciones de la República se abran para que todos los argentinos vean qué pasa dentro de las instituciones?” (28/03/2007)

tradiciones. Para ello, revisamos la noción de “memoria discursiva” propuesta originariamente por Courtine, y la reformulamos en aras de pensar el modo en que la memoria de discursos pretéritos incide en la configuración del ethos del responsable de la enunciación y en la elaboración de relatos o narrativas sobre el pasado. De allí nuestra propuesta de abordar la memoria discursiva a partir de dos dimensiones: la *memoria incorporada*, en tanto huellas de discursos pasados que se hacen carne en la figura de aquel que toma la palabra y desencadena efectos de memoria que contribuyen a la conformación de su ethos (y al reconocimiento de esa imagen discursiva, lo que da lugar a procesos de identificación y a la conformación de un lazo representativo); y la *memoria representada*, en tanto relatos, interpretaciones o narraciones sobre el pasado que los discursos políticos movilizan con el fin de dar forma a una imagen del pasado que contribuye a consolidar un linaje y una tradición.

En segundo lugar, presentamos un caso de análisis concreto: el del discurso presidencial de Néstor Kirchner en su relación con la memoria de la militancia setentista en Argentina. A partir del análisis de las recurrencias entre el discurso presidencial y el setentista, y de sus representaciones sobre el pasado, es posible, efectivamente, visualizar las continuidades y los ecos del pasado reciente en el discurso político contemporáneo. Sin embargo, quedan aquí sin explorar los olvidos, los silencios y las grietas de la memoria movilizada por el discurso kirchnerista, y los discursos que la subvierten y la reestructuran. En efecto, aunque la identidad política kirchnerista se identifica eminentemente con la memoria setentista, esa inscripción discursiva encuentra fronteras y límites: la lucha armada, la revolución socialista y la eliminación del capitalismo, la violencia y la muerte como horizonte de la lucha política, el descrédito de la institucionalidad y de valores republicanos como la división de poderes, la tolerancia o el pluralismo. Ellos son, en la cultura política contemporánea, objetos prohibidos, vedados e indecibles: se trata de los “umbrales de decibilidad”, de los límites históricos y políticos sobre lo que es posible decir y no decir, sobre los tópicos, temas, modos y tonos que es factible y legítimo adoptar en un determinado contexto, y que constituyen la condición de posibilidad de emergencia de todo discurso. En suma, si el discurso kirchnerista proyecta un ethos que reúne muchas de las cualidades del militante político, esas cualidades colisionan y se articulan con otras tradiciones, especialmente con la tradición inaugurada durante la transición democrática, cuya huella –a treinta años de recuperada la democracia- es indeleble, y que funciona como límite y condición de posibilidad de

cualquier proceso presente y futuro de revisión del pasado.

Referencias bibliográficas

- Aboy Carlés, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- Angenot, Marc (2000). *Les grands récits militants des XIXe et XXe siècles*. Paris: L'Harmattan.
- Arnoux, Elvira (2008). *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*. Buenos Aires: Biblos.
- Arnoux, Elvira, Bonnin, Juan, De Diego, Julia y Magnanego, Florencia (2012). *Unasur y sus discursos. Integración regional, amenaza externa, Malvinas*. Buenos Aires: Biblos.
- Barthes, Roland (1988). El discurso de la historia. En *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Paidós.
- Bhabha, Homi (2010) (Comp.). *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Blanco Machado, Rosa Helena (2014). Os cinquenta anos do golpe no Brasil e alguns outros dizeres: breve tratamento do conceito de memória discursiva e sua importância para a análise do discurso pecheuxiana. *Africanias.com* 06.
- Courtine, Jean-Jacques (1981). Quelques problèmes théoriques et méthodologiques en analyse du discours, à propos du discours communiste adressé aux chrétiens. *Langages* 62.
- Courtine, Jean-Jacques (1994). Le tissu de la mémoire. Quelques perspectives de travail historique dans les sciences du langage. *Langages* 114, 5-12.
- De Ipola, Emilio (1997). *Las cosas del creer. Creencia, lazo social y comunidad política*. Buenos Aires: Ariel.
- Genette, Gérard (1972). *Figures III*. Paris: du Seuil.
- Guimarães, Eduardo y Brum de Paula, Marian Rose (2005). *Sentido e memória*. Campinas: Pontes.
- Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel (1984): *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (política y violencia)*. Buenos Aires: CEAL.
- Indursky, F. (1997): *A fala dos quartéis e outras vozes*, Campinas, Pontes.
- Indursky, Freda. 2011. Na memória na cena do discurso. En Indursky, Freda, Leandro Ferreira, Maria Cristina y Mittmann, Solange (Orgs.), *Memória e História na/da Análise do Discurso*. Campinas: Mercado de Letras.
- Jelin, Elisabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid/ Buenos Aires: Siglo XXI.
- Maingueneau, Dominique (2002). Problèmes d'ethos. *Pratiques* 113/114, 55-67.
- Maldidier, Denise (1992): La inquietud del discurso. Un trayecto en la historia del Análisis del Discurso: el trabajo de Michel Pêcheux. *Signo & Señal* 1, 199-213.
- Moirand, Sophie (2007). Discours, mémoires et contextes : à propos du fonctionnement de l'allusion dans la presse. CORELA, Cognition, discours, contextes (Número temático). Disponible en: <http://corela.edel.univ-poitiers.fr>, consulta en agosto de 2013.

- Montero, Ana Soledad (2012a). “¡Y al final un día volvimos!”. *Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista*. Buenos Aires: Prometeo.
- Montero, Ana Soledad (2012b). Los usos del *ethos*. Abordajes discursivos, sociológicos y políticos. *Revista Rétor* 3, 223-242.
- Paveau Marie-Anne (2006). *Les prédiscours. Sens, mémoire, cognition*. Paris: Presses Sorbonne Nouvelle.
- Paveau Marie-Anne (2013a). Discours et mémoire 2. Prédiscours et lignées discursives : balade cognitive à Beyrouth. La pensée du discours [Carnet de recherche]. Disponible en: <http://penseedudiscours.hypotheses.org/?p=2278>, consulta en octubre de 2013.
- Paveau Marie-Anne (2013b). Discours et mémoire 3. Les lignées discursives de la Manif Pour Tous. La pensée du discours [Carnet de recherche]. Disponible en: <http://penseedudiscours.hypotheses.org/?p=4201>, consulta en octubre de 2013.
- Pêcheux, Michel (1990). *L'inquiétude du discours. Textes choisis et présentés par D. Maldidier*. Paris: des Cendres.
- Possenti, Sírio (2011). Réflexions sur la mémoire discursive. Argumentation et Analyse du Discours 7. Disponible en: <http://aad.revues.org/1200>, consulta en septiembre de 2013.
- Ricoeur, Paul (1999). La identidad narrativa. En *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós.
- Sarlo, Beatriz (2005). *Tiempo pasado: cultura de la memoria y primera persona*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Svampa, Maristella (2003). El populismo imposible y sus actores. En James, D. (Dir.), *Nueva Historia Argentina, 1955-1976, vol. IX*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Tortti, María Cristina (1999). Protesta social y “Nueva Izquierda” en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional. En Pucciarelli, A. (Ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires: Eudeba
- Vitale, A. (2007a): Memoria y acontecimiento. La prensa escrita argentina ante el Golpe Militar de 1976. En Vallejos Llobet, Patricia (Coord.), *Los estudios del discurso. Nuevos aportes desde la investigación en Argentina*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur- Ediuns.
- Vitale, A. (2007b): Prensa escrita y autoritarismo. El tópico de la caída hacia el abismo (1930-1976), Páginas de Guarda. *Revista de edición, lenguaje y cultura escrita* 4, 47-64.
- White, Hayden (1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós.
- White, Hayden (2010). *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo.